

reunión, no pudo ser aceptada. Ellos dijeron que, de haberse hecho pública, la ponencia hubiera acabado con el simposio. A la noche, en hubieran tenido más remedio que disolverse. La pregunta central era: «¿A quién sirve el simposio?». A la noche, en la sobremesa del hotel, la «contestación» Artero-Revuelta se convirtió en «happening» de imposible e inútil descripción. El desdén, la provocación, la frase agresiva desconsolaron a algunos organizadores de Burgos, poco hechos a la nueva fórmula.

ARNAIZ, FRENTE A LEFEBVRE.—Incitado por el binomio Artero-Revuelta, Arnaiz trasladó, sin embargo, la «contestación» al nivel formal idóneo, protagonizando un debate cara a cara con H. L. Hizo, de entrada, «una reivindicación de Ibáñez», para pasar rápidamente al nudo de la cuestión: «Lefebvre ha dicho que el pensamiento crítico es estratégico, pero no táctico. De acuerdo, pero nosotros necesitamos conceptos operativos y en este sentido H. L. no nos dice nada. Aquí se han dado más indicaciones abstractas que pensamiento concreto y no sirven para resolver los problemas planteados en la praxis».

Era el final, y aunque el coloquio amenazaba ruina, no era una ruina peligrosa. Arnaiz se mantuvo firme frente a un Lefebvre revitalizado, enérgico, agresivo, que cerró el acto con una frase lapidaria: «Ustedes me han puesto un cuchillo en la garganta para que vomite recetas. No lo conseguirán».

El epílogo, fuera del marco del simposio, fue más cordial. Mario Gaviria comentaría: «Todos estos actos son así, un poco caóticos. Pero se ha logrado algo importante: que muchos, al volver a su casa, lean un poco más».

■ EDUARDO G. RICO.

Baroja y Francia

«La primera vez que estuve en París fue en 1899. Llevaba por todo capital unas quinientas pesetas (...). No sabía bien a qué iba. Únicamente a probar fortuna. Si hubiera sido más fácil ir a América del Norte, hubiera ido allí con el mismo objeto» (P. B. «Memorias»). Desde aquel viaje, en el que «no sabía

bien a qué iba», hasta los días de la guerra civil que pasó en el Colegio de España, en la Ciudad Universitaria de París, Pío Baroja tendrá una constante relación con Francia a través de frecuentes viajes. Sus obras la reflejan: de «Vidas sombrías», 1900, a «Aquí París», 1955, un año antes de morir.

Esta relación es el tema del ensayo de José Corrales Egea —«Baroja y Francia»— publicado por Taurus.

es de marchamo galo («En España —dirá— hasta los ángeles están traducidos del francés»), y su biblioteca de Vera —analizada detalladamente por Corrales— está llena de libros franceses; el escritor prefería siempre cualquier obra extranjera en versión francesa que en versión española, como si la primera le ofreciera mayores garantías. A Francia hizo la mayor parte de sus viajes y en Francia tuvo la mayor parte de

cuenta en seguida de si lo que se describe en un libro está visto o no por el autor —censurando a Galdós por haber hablado de La Guardia, pueblo de Alava, sin haber ido a visitarlo— es sincero y consecuente. En las descripciones barojianas... desempeñan importante papel, sin duda, las antiguas guías, mapas, planos, itinerarios... Pero llamamos al mismo tiempo una riqueza de percepciones sensibles, de impresiones de luz, atmósfera, nimios detalles y observaciones que son fruto evidente de notas tomadas ante el lugar mismo».

Ante esa cultura que tanto le influyó, Baroja reaccionó con rebeldía. En este libro figura un extracto de toda la obra barojiana con sus alegatos antifranceses y sus reproches a unos caracteres pretendidamente nacionales: falta de gracia, amaneramiento, orgullo, avaricia, mezquindad, y estas virtudes: laboriosidad, nula inclinación a la envidia y a la venganza, amabilidad, tradicionalismo bien entendido. La mujer francesa es «amable, graciosa, de espíritu agudo, satírico y burlesco». De los escritores es Verlaine el único que escapa sin reparos; valora mucho a Stendhal, que entre los novelistas es «uno de los de mayores condiciones»; a Balzac (su mérito: «sabía entretener», aunque los tipos que pinta no son universales); a Voltaire («hizo una guerra al cristianismo y al judaísmo muy dura; este hombre sabía mucho»). Sus mayores fobias van contra Anatole France, «ese viejo escritor académico y amanerado»; habla del «jarabe venenoso de Lamartine y demás compadres»; Proudhon es «un francés patriota, retórico, palabrero y pedestre». Más favorecida que la literatura sale la canción popular. («Ningún escritor español ha dado muestras en su obra de un conocimiento tan vasto y tan certero de la canción popular francesa», Corrales.) Y, sobre todo, la ciencia: la «Introducción al estudio de la Medicina experimental», de Claude Bernard, es a lo largo de su vida el libro preferido de Baroja.

En contraste con esta presencia de Francia en el escritor, Francia apenas si lo ha leído. Sus últimas traducciones, publicadas por una editorial marxista, han sido deliberadamente ignoradas.

El estudio de Corrales Egea, metódico, exhaustivo y de gran densidad informativa, es un paso importante para la comprensión de una faceta

de Baroja, escritor falto de buenos estudios parciales y sobrado de glosadores frívolos que le han tomado como pasto cómodo para su ramoneo. La misma densidad del estudio de Corrales hace que para su disfrute sea conveniente un cierto conocimiento de la extensa obra barojiana. ■ VÍCTOR MARQUEZ.

«Postismo» y poesía maldita

No hace mucho se ha publicado —acompañada por un inteligente estudio preliminar de Félix Grande— una extensa antología de la obra de Carlos Edmundo de Ory, «uno de los más grandes y el más insuficientemente conocido de los poetas españoles». Carlos Edmundo de Ory, nacido en Cádiz en 1923, fundó hace veinticinco años, en unión del pintor Eduardo Chicharro (hijo) y de Silvano Sernesi, el movimiento estético llamado «Postismo». No se trataba de una revolución cultural de dilatado alcance —situémosnos, naturalmente, en la España de 1945—, sino de un revulsivo a escala nacional («única esperanza y suma liberación de este pobre mundo de cotorras cantantes, pintamonas y pensadores breves») emanado casi directamente del surrealismo y precedente indudable del reciente movimiento «Pánico». En los tres manifiestos que se lanzaron nunca se definió de forma clara e inequívoca el sentido y la estructura real del nuevo «ismo». Pese a ello, contó con adhesiones de muy variada tendencia: Eugenio d'Ors, Juan Eduardo Cirlot, Ignacio Aldecoa, Fernando Arrabal..., y también, como era lógico, con detractores furibundos. El «Postismo», en categoría —aunque terriblemente ambigua— frase del propio Carlos Edmundo de Ory, se consideraba a sí mismo como «la locura inventada». El caso es que el «Postismo», a pesar de sus obvios ingredientes sensacionalistas, gozó de efímera vida oficial: hoy nadie se acuerda prácticamente de él.

Pero, al margen de lo que fue o pudo haber sido el «Postismo», Carlos Edmundo de Ory es, sin lugar a dudas, uno de los más valiosos poetas de la España actual. Me atrevería incluso a afirmar que es el único poeta «maldito» español contemporáneo (y al decir esto no pienso solamente en los grandes «maudits» de



Lo torrencial de la bibliografía y lo asistemático de su pensamiento hacen difícil cualquier estudio del novelista. Corrales ha acotado una sola parcela, pero que tiene ciertamente dimensiones de latifundio, porque como señala Baroja «fue conocedor profundo —más, sin duda, que ningún otro novelista español— de la tierra e historia de Francia» y porque este conocimiento está muy presente en el vasco. Su cultura

sus intervenciones públicas. París es tema principal de veintisiete novelas y «leit motiv» de sus Memorias («Creo que conozco París mejor que muchos franceses»); Bayona, de dieciocho, y así Marsella, Pau, Toulouse, Burdeos, Dijon... Lugares descritos con realismo exigente y minucioso. Corrales ha verificado pasajes enteros de las aventuras de Aviraneta, y escribe: «Cuando Pío Baroja nos dice en sus Memorias que se da